

a la literatura de viajes como a las biografías y a los escritos sobre las autoras, es necesario destacar que el tratamiento de los tópicos de género y su reubicación en el contexto histórico del cual provienen aún tiene espacios sin perfilar. Los ribetes que Mónica Szurmuk hace sobre la urdimbre de los textos escritos por mujeres que habitaron o visitaron Argentina durante 100 años, invita a acompañarla tal como lo ha hecho María Cristina Pinto en su impecable traducción y el Instituto Mora que sostiene esta edición en español.

Y, con ella, labrar los senderos que le han permitido “volver a casa”, donde su libro es bienvenido por quienes estudian cuestiones de género.

Norma Alloatti  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Bernardo García Díaz, *De la Huasteca a Cuba. La otra expedición revolucionaria (1957-1958)*, Gobierno del Estado, Veracruz, 2008.

En una época en que la tendencia general apunta a preguntarse por el proceso de transición en la isla de Cuba aparece este libro de Bernardo García Díaz que es, en primer lugar, un panegírico a la “primera y única revolución socialista en la América del siglo XX” (pp. 9-10) y, en segunda instancia, una reconstrucción de aquella “otra expedición revolucionaria”, la que iría—de haberse realizado—de la Huasteca al Caimán Verde, para sumarse a la que se trasladó en el legendario Granma.

El texto—muy bien escrito, lleno de entusiasmo y con una edición muy cuidada y elegante— responde al esfuerzo de

su autor para dar a conocer la experiencia vivida “por un grupo de jóvenes cubanos, liderados y acompañados por un puñado de veteranos”, que intentaron organizar una segunda expedición que buscaría zarpas de las costas mexicanas entre 1957 y 1958. Y aunque este fue el objetivo inicial, en el fondo el libro va más allá de narrarnos esa experiencia. Al presentarnos el escenario en el que se dieron las condiciones para tratar de llevar a cabo cambios radicales en la vida cubana, al contarnos los antecedentes exitosos de la proyectada expedición y al comentarnos varios de los logros obtenidos, lo que el autor nos ofrece es, en realidad, una nueva introducción a la experiencia revolucionaria cubana, muy útil, tal vez, para las nuevas generaciones para las que, en amplios sectores, la revolución cubana es lejana, ajena y finalmente extraña.

Este esfuerzo se inserta en una producción historiográfica, muy de moda en la isla, que se especializa en estudiar temas acotados. Véanse, para esto, los títulos citados a pie de página a lo largo del libro. Entre ellos, *Memorias del yate Granma*, *Huellas del exilio*, *Fidel en México*, *La expedición de Campeche o Antonio Guterres y 100 años*, entre otros.

El relato está dividido en cuatro capítulos, una introducción y un epílogo. Desde la introducción se advierte el interés por destacar el papel relevante del contingente involucrado, cuyo número, aunque escaso, no fue obstáculo para su participación, ni mucho menos para la consecución de los objetivos propuestos. Después, a lo largo de la narración, seremos testigos, de igual manera, del homenaje a la juventud que encierra todo el libro.

El primer capítulo se dedica a la Cuba prerrevolucionaria; se evidencian las con-

diciones en la isla, el desgaste de los viejos actores políticos, la desigualdad económica, en especial la imperante entre la ciudad y el campo, las diferencias sociales y las raciales, la actuación de Fulgencio Batista y de los militares de su corte, la corrupción, la presencia estadounidense y su injerencia, pero, sobre todo, se evidencia la movilización de los jóvenes. En este capítulo destacan dos asuntos: el tipo y el nivel de la cultura política cubana en el periodo previo a la revolución y un canto épico a la juventud.

El segundo capítulo se ocupa del reclutamiento de los individuos que formarían parte de la expedición y está articulado en torno a la figura de Pedro Miret Prieto, un sobreviviente del Moncada y quien no pudo zarpar en el Granma. Aquí vamos conociendo a los personajes, su origen, su trayectoria, su experiencia y, nuevamente, el movimiento estudiantil aparece en el origen del movimiento revolucionario.

La estancia de los cubanos en la ciudad de México es el tema del tercer capítulo, una reconstrucción de las rutinas del grupo, su vida en las casas-campamento, sus actividades —seguidas con cierta liberalidad por parte de la policía mexicana, aunque el dinero de la embajada de Cuba circulaba generosamente— y sus ocupaciones antes de asentarse en la Huasteca. En estas páginas nos enteramos de cómo vivían, qué hacían, en qué consistía su entrenamiento, cómo organizaban la vida diaria y sus relaciones, o no, con otros grupos de cubanos residentes en México que también buscaban llegar a Cuba.

El cuarto capítulo se refiere al campamento en el rancho Santa Elena, en la Huasteca, el más importante de los varios que se intentaron en el territorio mexi-

cano y en el que el veracruzano Pancho Cuervo —Francisco Cuervo Martínez—, un hombre de campo, les proporcionó las condiciones necesarias para su entrenamiento brindándoles abrigo, hospitalidad y contactos.

Desafortunadamente, la expedición no salió como tal, sin embargo, cerca de una tercera parte de sus miembros, tras algunos reveses y de manera individual, llegó por diferentes vías a Cuba y participó en la lucha armada aun después de 1959. De este logro se habla en el epílogo, así como de que antes de alcanzarlo, los miembros de la fallida expedición habían continuado intentando llegar a la isla. Finalmente, de manera muy breve, se mencionan los campos de acción en los que han actuado los personajes de esta historia.

Conviene señalar que más allá del objetivo declarado por el autor, el libro contiene una serie de temas, algunos enunciados y otros explícitos, que constituyen vetas para la investigación y la reflexión. Hay temas viejos, temas que parecen estar agotados, pero también encontramos temas que suscitan nuevas preguntas y ofrecen nuevos elementos. Entre ellos están, por ejemplo, el de la ayuda solidaria de México en los diferentes niveles, México como país de refugio, como espacio propicio para la conspiración y frontera móvil, las relaciones cubano-mexicanas amplias —las cultivadas por la población y las impulsadas desde los ámbitos oficiales—, la cuestión racial en el transcurso del proceso revolucionario, el papel del exilio o temas como la figura de Batista, la presencia de Evaristo Venereo y su exitosa llegada a la Sierra Maestra donde su “buena estrella” se acabó o, desde luego, el tema de la pulsión de heroísmo de los cubanos.

Especial atención merecen las imágenes incluidas en el libro. Parte de ellas procedentes de colecciones particulares. Estas fotografías forman parte de la llamada *historia gráfica*, de acuerdo con el término usado por John Mraz, y sería interesante saber más de ellas: su origen, en qué circunstancias fueron tomadas, cómo contribuyen a la construcción de una identidad nacional y una identidad revolucionaria. Un análisis de su contenido escapa a los objetivos de esta reseña, sin embargo, es necesario señalar que las imágenes sugieren varias preguntas y hablan de situaciones no conocidas en la historiografía sobre la revolución. Un diálogo mayor entre ellas y los testimonios vertidos en las largas entrevistas realizadas por el autor del texto hubiera sido un elemento más para conocer y analizar un periodo histórico del que se ha escrito tanto y del que pareciera que no hay nada nuevo que decir, pero cuyo conocimiento aún no se ha agotado.

Y si bien, los libros son lo que sus autores querían hacer, hubiera sido muy interesante poder escuchar más las voces de los entrevistados. Creo que Bernardo García tuvo una oportunidad única para indagar en la memoria de aquellos hombres que marcaron una época en la historia y en la fantasía latinoamericanas. Esperemos que en un futuro no muy lejano se anime a compartir con el público más del material recopilado a partir de las conversaciones realizadas.

Este testimonio, que es la historia de un grupo de cubanos que quisieron organizar una expedición a Cuba, constituye un texto ineludible en tanto que es, ante todo, un reconocimiento a una generación de jóvenes, revolucionarios, comprometidos, que han seguido fieles –casi todos–

a Cuba y a su revolución. Están entre ellos Jorge Ibarra Cuesta, Enio Leyva, Vecino Alegret, Reynaldo González y Rodolfo “Macho” León, Heliodoro Martínez Junco, Fernando Sánchez Amaya, Pablo Fernández Alegre, Pedro Miret, Héctor García Vidal y Gil, Lino Suárez, Emilio Aragonés, Aldo Margolles, entre muchos otros. Algunos ocuparon un mayor protagonismo como ministros, viceministros o jefes y otros, exponentes del internacionalismo cubano, murieron en Bolivia como Jesús Suárez Gayol y Alberto Fernández Montes de Oca. No son, en su mayoría, las grandes figuras o, en todo caso, no son tan destacadas por la historiografía como las de Fidel, el Che o Camilo, pero sí más permanentes que muchos de los que desembarcaron del Granma.

Laura Muñoz  
INSTITUTO MORA/AMIC

Héctor Aguilar Camín, *Pensando en la izquierda*, FCE, México, 2008.

Este pequeño libro reúne y revisa nueve artículos que Héctor Aguilar Camín publicó en *Milenio* el año pasado, y uno más que apareció en *Nexos* en 2005, en donde expone la situación actual de la izquierda mexicana. El autor sostiene que el único futuro posible para esta –y por extensión para la izquierda latinoamericana–, si es que quiere desempeñar un papel constructivo en la sociedad política, es emular a la socialdemocracia europea y, consecuentemente, aceptar el mercado, la democracia liberal y el capitalismo. Sólo de esta manera, aquella podría conciliar los ideales (equidad, justicia, fraternidad) que al autor